

razón: tal es lo inescrutable de sus expresiones, como si fueran detectives de Hollywood. Por eso no sé si gustarlos o temerlos, aunque en el fondo me inclinó más hacia ellos porque siempre he estado de parte del sufrido, deseando en mi interior el triunfo suyo. Debo sí aclarar que el mío de ahora no es un deseo puro, pues tiene mezcla de curiosidad por ver qué clase de gobierno nos darían; pues si es cierto que ya hubo un precedente en la historia en el caso de los intocables de la antigua India, los que tomaron el mando de la nación que en adelante se llamó Pakistán, pero allí hubo la diferencia de que ellos no gobernaron a la clase libre, la que constituyó un propio y separado Estado, sino a un pueblo constituido por ellos mismos; en tanto que aquí ambas clases convivirán siempre juntas, y viéndose la una gobernada por la otra. Y es el misterio de esto lo que da mayor interés a la hora actual, por lo menos para mí, que para los ladinos no es ningún misterio a juzgar por su prensa, la que desde el principio se ha pronunciado en contra de esperar nada bueno de los indios, coincidiendo todo en asegurar que el fin del país seguiría al triunfo de la "ambición de unos pocos", como ellos dicen al referirse a aquéllos. Se ve, pues, que siguen confiando en la eficacia de los sempiternos procedimientos que para controlar aquellos votos han usado hasta aquí. Pero ¿es posible que tal modo de obrar no pierda alguna vez sus ajustes y falle? Toda obra de hombre es falible. ¿Entonces...? Y para salir de dudas, volví, como ayer, a interrogar a uno de aquellos que ya habían votado y que se había quedado mirando los pececillos de colores del precioso acuario expuesto en el parque Infantil Colón, en donde encontré otras tantas mesas electorales, pero empleando ahora la cautela que me había enseñado la experiencia de mi anterior fracaso. Y así empecé diciéndole:

—Déjeme que lo felicite, amigo, porque creo que ustedes están ganando. Yo soy turista, y poco interés tengo en estas cosas, pero me ha parecido ver votar más naturales que ladinos.

(Desde luego que lo que yo decía era una mentira, que por cierto dije con tanta naturalidad y tan poco re-

mordimiento que empiezo a creer que ya aprendí a ser mentiroso). El me miró y contestó casi con amabilidad:

—Sí, pues. Los indígenas somos la mayoría, vaya.

—¡Qué suerte que sea así! Sólo falta saber si alguno de ustedes habrá dado su voto a los ladinos...

—No, usté. No traicionamos a la raza e nosotros.

—¡Ajá! —Y creí entonces oportuno preguntarle a fondo—: Pero el patrono de usted es ladino, ¿verdad?

Fué una equivocación, porque respondió más que serio:

—Y si lo sabés, ¿por qué lo preguntás?

Aparentemente no le agradó hablar de eso que seguramente le recordaba su infidelidad a la palabra artificialmente empeñada. Y antes que yo pudiera explicarle nada a fin de reganar su confianza, se fué con su paso de trote. Y esto fué tanto más penoso cuanto que me privé, además, de haber podido tal vez hasta averiguar el paradero de su candidato tan difícil de conocer.

Después seguí convenciéndome que el malogro de esta oportunidad había sido irreparable, porque otros indios a quienes igualmente pregunté con toda la diplomacia posible, sólo se reían o decían:

—¡Quién sabe!... A saber...

O no contestaban del todo. Y sus mujeres resultaban peores, como sordo-mudas, o como si la lengua se les hubiese anclado en el tiroides.

Viniendo de regreso me quedé en las mesas del parque Gómez Carrillo, en donde volví a encontrarme con un grupo de señores ladinos que ya había visto antes en otros cantones, pudiendo ahora informarme que éstos son los miembros de la Junta Nacional Electoral que andan supervisando las elecciones. Allí mismo vi que estos señores, tras rápida deliberación, decidieron aceptar la solicitud de los representantes indígenas que pidieron poner a los suyos en fila aparte para evitar desórdenes mayores de los que empezaban a registrarse. Y en seguida se hizo así, formándose dos filas para cada mesa, una de indios y otra de ladinos, los que votaban por turnos. Y pudo verse que el aspecto de dichas filas mejoró en seguida, adquiriendo hasta simetría, pues los nuevos votantes que se

guían llegando, al colocarse en su fila correspondiente, preferían la más corta de ellas para reducir su propio tiempo de espera, con lo que todas dichas filas, dentro de su clase, presentaban igual extensión.

Y con tal medida todos creyeron salir ganando: los indios porque ya votarían más a gusto, y los dirigentes ladinos entendieron que, al evitarse más rozamientos, los indios tendrían menos inconvenientes en votar por ellos.

Hora: 19.50.

Las votaciones se están haciendo cada vez más interesantes. La ciudad presenta un aspecto como de fiesta, pero de una fiesta extraña y fraccionada en tantas partes como cantones hay, y en la que todo el mundo corre a sus respectivos fragmentos de "diversión" como si temieran llegar tarde a esa fiesta. Pero son temores infundados, ya que el festival continuará todavía por el día de mañana.

Ahora estoy viniendo de visitar las mesas de la zona sur, en donde vi mayor cantidad de naturales que de ladinos, los cuales forman, como éstos últimos, nutridos grupos en las esquinas, aunque a distancia unos de otros, o bien separados por todo lo ancho de la calle, o por todo lo angosto de la misma porque son más angostas que anchas, en la cual se estacionaban los guardias civiles pretendiendo servir de aisladores, si bien resultan ser más propiamente amortiguadores de choques, pues ¿quién, en este entusiasmo, puede aislar a alguien de nada? y aparentemente agravados por el procedimiento adoptado a última hora y que tan bueno parecía. Sucede que en las filas ladinas se vienen a colocar indios de los que visiten como aquéllos cuando en sus propias filas se quedarían más alejados del turno, pero cuya tarjeta de identidad o cédula de vecindad los delata en ciertos casos al tiempo de votar. Ni que decir que cuando el fraude es descubierto por los encargados de hacer las identificaciones en las mesas, los manda volver a su fila respectiva, ya

que están votando alternativamente indios y ladinos, orden que el indio no cumple de buena gana, y necesitando-se a veces la intervención de los guardias para hacerlo obedecer, entre la rechifla y burlas de sus adversarios políticos, todo lo cual contribuye en gran manera a mantener viva la chispa que en cualquier momento podría, a mi juicio, originar el incendio.

Es difícil calcular cuántos se habrán colado así, votando entre los ladinos, y cuya razón no se me alcanza. Pudiera ser que se deba, como dije, al simple deseo de robar el turno a los otros, lo que sería menos grave, o bien al interés de aparentar un número inferior al verdadero, tal vez temiendo, con razón o sin ella, que los ladinos hiciesen algo para dificultarles en algún momento su llegada a las mesas, toda vez que si cumpliesen fielmente colocándose todos en sus propios lugares, las filas indias crecerían aquí notoria y desproporcionadamente, lo que al no convenirles tratarían de ocultar. Pero he dicho que ignoro el verdadero motivo. Sea como fuese, sigo creyendo que es un error de los ladinos el obligar a aquéllos a cambiar de fila cuando los descubren, pues tal vez alguno de esos indios les hubiese dado el voto a ellos de haberlos tratado con más primor, haciéndolos en cambio desistir al tratarlos del modo ya dicho. Porque no puedo creer jamás, como me dijo un ladino a quien le expuse mi pensamiento, que ésta sea la manera "precisamente" de asegurarse los votos de ellos, pues los indios, según sus propias palabras, "siempre han querido por mal"; pues admitir esto de ellos sería suponerlos de naturaleza distinta a la humana, y, ¡diablos!, para concebir tal cosa se necesita tener una naturaleza distinta a la humana...

Sin embargo, todo se va quedando sin pasar de chispa, es decir, sin producirse el incendio tan temido, no obstante que, en los casos en que el indio era devuelto al lugar de los suyos, los ladinos le gritaban: "¡Ixto! ¡Ixto!" cuyo verdadero significado no pude averiguar, pero que no había razón para suponer que se tratase de una palabra cariñosa, antes bien lo contrario, en vista de la acentuación de la natural lividez del indio y de los aparentes esfuerzos que hacía por dominar su cólera.

En el cantón de La Palmita hubo un gracioso incidente. Hacía ya algún tiempo que observaba la votación más o menos ordenada, aparte de esos y otros gritos ladinos de injurias y mofas que, como siempre, se quedaban sin respuesta, cuando una piedra lanzada con más discreción que puntería describió su parábola sobre las cabezas policíacas que estaban vigilantes en la calle, y vino a caer casi sobre uno de aquellos grupos de indios. Estos, acertadamente, calcularon su procedencia, y al fin, decidiéndose a contestar, lanzaron la suya en sentido contrario, la que tuvo más puntería que discreción, pues no sólo dió en el blanco sino que además fué vista por dichos agentes; y todo el pintoresco grupo fué llevado a la cárcel pese a sus más acaloradas protestas, en tanto que los demás ladinos se reían y yo también. Podría alegarse que estos desórdenes son de escasa importancia, y es verdad, pero el hecho de ocurrir ya en las mismas barbas de la policía augura verdaderos dramas.

En el cantón de San Pedrito aconteció algo de más gravedad. En medio de aquel nerviosismo del que nadie estaba exento, sonaron dos disparos que tuvieron repercusión de cañonazos, provocando el desmayo en algunas mujeres y el desparpajo en los que quedaron conscientes. Y fué que un ladino se presentó armado de un revólver, y al requerírsele para ser desarmado opuso resistencia, desfundando el arma y disparando sobre el agente que lo requería. Este, entonces, hizo uso de la suya y le metió un tiro en el ombligo. El desorden que se produjo fué de los grandes, con desintegración de las filas y revoltijo de todo, pues aquello había sido cerca de las mesas, y dando origen, además, a no pocas luchas cuerpo a cuerpo entre algunos elementos de las clases rivales que nada tenían que ver con el asunto, pero logrando pronto imponerse la policía, y reanudándose al fin la votación.

Pude sacar algunas vistas de esa tremolina y, prudentemente, opté después por retirarme, yéndome entonces a la Villa de Guadalupe, como se llama un barrio que antes constituía un núcleo de población separado de la capital, y en donde, en tiempos normales, debe respirarse un ambiente de tranquilidad y recreo por su proximidad

al bosque, porque ahora lo que menos había era bosque, salvo la montaña de rótulos y cartelones que ya conocemos y que tapizaban hasta los troncos de los árboles, pintados por pintores de brocha gorda. Sin embargo, podía apreciarse lo bonito del lugar, con sus casitas típicas en torno al Santuario; y como la votación, por otra parte, se desarrollaba con tanto orden, pensé quedarme allí por todo el resto de la tarde. Pero el mucho polvo de sus calles, que el viento levantaba constantemente, me obligó a renunciar y a volver al taxi, pasando de regreso por en medio de la Plaza de España, en donde se yergue el nuevo e imponente monumento al grande de Cervantes, grande no por su talento ni por su erudición, ni por su altamente desarrollado espíritu de investigación, sino exclusivamente por su profundo humanismo, admirado por todos pero imitado por ninguno; deteniéndome ante las mesas de la Estación Central de los Ferrocarriles centroamericanos, sólo que con tan mala suerte que aquella era la hora en que los Colegios Electorales cerraban sus puertas. Eran las 18.

Los diarios, con su optimismo de costumbre, al referirse a la votación local del día de ayer afirman que "después de haber sido anulados algunos votos", los ladinos obtuvieron plena mayoría en todas las mesas de la capital; y exhortaba siempre a la ciudadanía —ladina se entiende— a vencer todos los obstáculos y no quedarse ninguno sin votar a fin de contrarrestar "la mayoría que en algunas provincias parece que se han anotado los naturales", según se lee en ellos. Luego daba cuenta, aunque a la ligera, de numerosas quejas presentadas ante la Junta Nacional Electoral y enviadas desde distintos departamentos, tanto por los ladinos como por los indios, aunque en más cantidad por estos últimos, por algunos procedimientos ilegales practicados criminalmente, los que llegaron hasta el robo de urnas, secuestros y demás actos de terror contra los ciudadanos indígenas, en los colegios electorales; así como de algunos hechos de sangre registrados en una docena de ciudades y pueblos del interior, siendo los más serios los ocurridos en Salamá, San Marcos y Coatepeque, en donde resultaron muchos muertos en riñas tumultuarias. Finalmente, publicaban algunas protestas ladinas con-

tra la última disposición de separar a los indios al tiempo de votar, alegando que esto es discriminatorio. Sin embargo, fácil es adivinar que tal protesta no tiene por móvil el deseo de defender a los indios, toda vez que éstos salen injuriados cada vez que se ofrece, y hasta cuando no se ofrece. No parece sino que ella obedece al prurito no más de criticar toda disposición oficial, sea gubernamental o no. ¡Si no estará en lo cierto este gerente...!

Y ahora voy otra vez al Teatro Nacional a ver el mismo Ballet de anoche y del primer día, pues entre sus números de hoy figura La Muerte del Cisne.

Diciembre 17.

Domingo.

Hora: 8.30.

Hemos llegado al día final de las elecciones, el cual amaneció, como siempre, lleno de sol y hálito de primavera, la eterna huésped de este hipercolorido país. Y yo también he amanecido más contento que estos días recién pasados, porque también significaba que ya mañana, o a más tardar el martes, podré empezar a instalar mi planta que ha de derramar luz y energía como ese mismo sol, y sentirme otra vez libre en el trabajo.

Mientras, y para seguir aprovechando el tiempo. (¡que pudiera ver ahora al candidato Xirúm...!), iré a ver de nuevo el curso de las votaciones que tanta experiencia acerca del pueblo me han dado, tomando ahora, claro está, el máximo de precauciones, porque supongo que las de hoy serán las más animadas y alegres...

Hora: 13.30.

A esta hora yo estuviera durmiendo mi buena siesta, si éstos fueran tiempos normales, pero ¿quién puede hablar de normalidad ahora? Y heme aquí escribiendo febrilmente, en vez de reposar dormido, las muy memorables

de esta mañana, a lo cual me mueve no sólo el sobrado interés que ellas tienen para mí —y en ninguna otra parte he escrito con tanta asiduidad como aquí— cuanto por mi falta de sueño que me ahuyenta aún más el recuerdo de lo de esta mañana, aunque de esto me compensa bien la suerte de verme ileso. Porque no a otra cosa que a la suerte debo el haber salido entero de aquello que ya se pasaba de alegre y divertido.

Correspondió ahora a la zona de occidente el turno de mi visita; y cerca de las nueve, el mismo taxi de ayer me condujo antes que nada al cantón de El Gallito. Y nunca he visto un barrio tan alegre y animado como éste. Sus casitas bajas y cubiertas de pinturas parecían empinarse para agitar a modo de banderolas sus carteles y gritar mejor; y tanta era la gente que difícilmente podía caminar ni en las calles, como si las mesas estuviesen en la casa de enfrente, siendo que aún estaban a muchas cuerdas distantes. Pero algo hacía recordar que todo aquello no era una inocente fiesta, y era la acción de los policías que, en las esquinas mejor situadas, se ocupaban en registrar a los que pasaban por si llevaban armas, decomisando hasta los cortaplumas. A mi taxi lo detuvieron, y a mí me pidieron que dijera bajo palabra de honor si portaba alguna. Al contestarles que no porto ninguna, me dejaron pasar. Pero al chofer sí lo registraron.

Ibamos despacio por entre esta multitud cuyos gritos de: "¡Abajo los indios!" hacían las veces de una buena música, pudiendo al fin aproximarnos hasta cien varas del lugar donde estaban las mesas, y renunciando a seguir adelante porque la masa de gente hacía imposible el tráfico de vehículos. Dejé entonces el carro y me vine caminando entre el sinnúmero de ciudadanos, hasta llegar a dichas mesas. Cerca de éstas era donde había más o menos orden, y las filas conservaban el aspecto de tales; aquí, pues, podía hablarse de filas, las que, observé, han vuelto a ser reducidas a una para cada mesa, dejando confundidos en ellas, como estaban antes, a naturales y ladinos, seguramente obedeciendo a la crítica vertida ayer por la prensa; pero volviéndose a ver los empujones y toques que sabrían a puntos de fuego a esos pies descalzos, si bien estos

pobres seguían sin abrir la boca ni levantar sus ojos del suelo: que su revancha sería —y ¡qué revancha!— el voto que iban a depositar en aquella urna metálica. Los policías no se daban punto de reposo yendo y viniendo entre unos y otros para hacer abortar cualquier principio de desorden, digo, de trifulca, porque en desorden estaban ya y de modo irremediable, pues se remediaría sólo que cada guardia se multiplicara por diez...

Mi vigilancia la mantenía extremada, listo a correr si las cosas se agravaban, y atenta también mi cámara para captar lo más importante que pudiera sobrevenir; pero durante la hora y media que me demoré allí —30 minutos junto a las mesas y otros 60 en recorrer la cuadra (ida y vuelta) que me separaba del carro —no ocurrieron más hechos dignos de contar.

A continuación salimos hacia el barrio de Santa Cecilia, pasando por el cantón Barrios; y en todos estos lugares nervios que amenazaban romperse conforme el calor del res la concurrencia era enorme, así como la tensión de los sol aumentaba sobre la tierra. Se dijera que el tiempo iba madurando las mieses... Los gritos maldicientes, las amenazas y los empujones se seguían en series ininterrumpidas, pudiéndose oír aquellos a gran distancia, como se oyen en las carreras de caballos; y en el mar de aquella muchedumbre sus movimientos agresivos simulaban torbellinos de peces en estanque cuando se les echa migas de pan. Por su parte los indios daban muestras aquí de haber perdido o agotado ya su paciencia, y airados miraban cara a cara a sus oponentes, mientras los policías corrían de arriba abajo con sus “mangueras” o cachiporras en alto disolviendo grupos de exaltados y retirando de la zona a los que ya habían votado. Aquello, pues, tenía la apariencia de una tormenta vecina a su madurez y próxima a desencadenarse. Ya no era una reunión de sufragistas, sino de enemigos en el campo de batalla. Habían empezado lanzándose miradas de cuchillos, luego terminarían arrojándose cuchillos sin mirar a quién le daban.

Las ambulancias entraban a cada rato trayendo ladinos enfermos que sacaban de sus lechos para ver de aumentarse los votos, en una lucha que por parte de los elec-

tores había dejado ya de ser cívica para caer en el terrible dilema de "vida o muerte". Ningún ladino quería morir sin dejar puesto su granito de arena, o, más bien, un obstáculo. un tropiezo más en el ascenso de los indios. Y éstos también hacían lo propio con sus enfermos, que si no contaban con modernos transportes de ruedas, tenían en cambio un procedimiento no menos seguro, semejante al empleado por Eneas con su padre Anquises al huir de la incendiada Troya. Se sujetan a la espalda una silla de brazos, al modo como portan sus cacaxtes, y en ella sientan al "hermano" enfermo o la "hermana" tullida, asegurándolos con cuerdas; y sin dar muestras de cansancio el cargador entra de paso, que cuando el votante es enfermo no está obligado a esperar turno, baja su humana carga al borde de las mesas y... se apunta un voto más. Después se arrodilla, se coloca la silla nuevamente, y se va como vino.

De repente los gritos aumentaban y llenaban ensordecedores el aire: "¡Mueran los indios!", y toda la masa se arremolinaba como agitada por ráfaga de viento o movida por manos invisibles de panaderos gigantes. Se diría que eran muelas de trapiche impacientes por moler la caña... ¿Qué habría pasado si algún indio hubiera contestado a esos gritos? Pero éstos guardaban silencio, aunque bufando por lo bajo. Era necesario terminar la jornada, y después... ¿Quién puede decir lo que pasará después?

Las inditas se portaban valientes y osadas. Escoltadas por sus parientes o maridos, se presentaban rígidas y serias, más serias que la situación que las rodeaba. Tal vez sentían miedo en su interior, pero no lo demostraban, salvo cuando lanzaban rápidas y nerviosas miradas en derredor, como queriendo descubrir si la "cosa" ya venía, y "morir matando"...

Se me acercó el chofer, cansado de tanto buscarme, para pedirme que nos fuéramos, pues no era prudente esperar a que la chispa encendiese a tamaño polvorín, y él no deseaba arriesgar su carro que era nuevo.

Era un consejo bien razonable, y, desde luego, si él cuidaba de su carro yo debía cuidar de mi vida. Había olvidado que allí estaba yo también en peligro, y que me

sería del todo imposible librarme al ocurrir la explosión. Lo había olvidado porque las muchedumbres atraen como los campos magnéticos. Inconscientemente acudimos a ellas sintiendo placer en dejarnos arrastrar y en arrastrar a otros, afanándonos por alcanzar el centro mismo del campo, aún a sabiendas de determinado peligro. Quizá por esto las votaciones resultan siempre más concurridas a última hora, porque hasta los abstencionistas se deciden al fin a ir a votar atraídos por la masa. ¿Curiosidad? Hay algo más todavía: por un lado, la sed de aventura innata en la naturaleza humana, y, por otro, el afán de exhibirnos como valientes, y tanto más valientes cuanto más peligros haya y más cobardes seamos, dándonos ánimo el pensamiento de que si algo pasa (y ¡cómo quisiéramos que pasara!), otros serán los que perecerán y no uno. Con todo, no seguí su consejo sino con pena, con cierto dolorcillo, como el que lamenta no tener una coraza para meterse en ella y esperar lo bueno...

Desandando el camino, primero a pie y después en el carro, salimos hacia el Guarda Viejo, el que presentaba igual aspecto, si no peor, porque los que ya habían votado se negaban a obedecer la orden de largarse y descongestionar la calle, prefiriendo quedarse en las esquinas próximas para no privarse de ver lo que pudiese ocurrir, y hasta tratar de hacer posible tal ocurrencia, de suerte que la aglomeración era mayor. Cuando esta se hizo impenetrable para el carro, discutí con el chofer los riesgos de bajarse y caminar entre aquella para aproximarme hasta las mesas, dado el estado de sobreexcitación que nadie trataba de ocultar; y al fin convinimos en que sería temerario ir tan lejos, por lo cual decidí bajarme siquiera para desentumirme. Salí al lado de la calle, en donde pululaban los indios, ya que las aceras estaban tan nutridas de ladinos que no había cómo abrir la portezuela de ese lado; y despacio me fuí caminando hacia adelante, estremando las precauciones, y viendo cómo el chofer hacía lo mismo pero caminando en sentido contrario al mío, es decir, alejándose del núcleo de la turba. ¿Era que él tomaba más precauciones que yo? Pronto supe que

aquí también las apariencias engañaban, y él se había equivocado.

Había dado unos veinte pasos cuando percibí que el volumen de los gritos arreciaba desmesuradamente, propagándose como se propaga la luz de los incendios: del centro hacia la periferia, acompañado de un estremecimiento de toda la masa. Me detuve en seco, tratando de desentrañar el motivo de aquel crescendo que se me acercaba por momentos, cuando de súbito pasó casi arrastrándome un indio que corría como alma que lleva el diablo, mostrando en su camisa clara unas manchas oscuras, esta vez no bordadas, sino impresas con sangre, y perseguido de cerca por un grupo de policías que a gritos le ordenaban pararse. Más atrás, supe después, quedaba un ladino mal herido.

Antes que pudiera sobreponerme a mi sorpresa, los indios y ladinós que me rodeaban, con pretexto de vengar a sus respectivos compañeros chocaron entre sí con tanta gana y armando tanto estrépito que si lo que resultó no era el infierno, ignoro cómo llamarlo, mientras las mujeres corrían de una parte a otra buscando amparo, arrasrando con ellas a sus niños y dando grandes voces o alaridos que, con todo, no se oían casi en aquel fragor endemoniado.

Pude regresar al carro, y desde dentro fui viendo cómo la masa de contendores se crecía y dilataba en todas sus dimensiones por los refuerzos que se sumaban a ambas partes; y al ruido de sus voces se agregaba el que producían las sirenas policíacas, y hasta el de sus armas que disparaban a veces, y haciendo de aquello otra de San Quintín. Como fulminados por el rayo caían indios y ladinós y no pocos guardias bajo golpes de puño, piés y cachiporras, y hasta de cuchillos sacados de sorpresa, para volverse a levantar, cuando podían, y seguir peleando en una lucha en que era difícil saber quién pegaba a quién, y en la que era útil hasta los dientes. Y había que ver a algunas de las otras, muy mujeres, que peleaban al lado de sus maridos dando como las buenas. Ya los disparos sonaban tan seguido que parecía de ametralladoras, y cuyo objeto, creí entender, era el de intimidar a los reñi-

dores y rebajarles la ira, si bien tenían, si cabe, la virtud contraria de envalentonarlos y excitarlos más, haciéndoles llegar nuevos y frescos contingentes, los que brotaban como vomitados por la tierra, de manera que aquello se volvía eterno como son los infiernos. Ahora mi pequeño refugio se iba haciendo cada vez menos seguro, conforme los porrazos menudeaban más y más sobre el pobre carro cuyos cristales, con todo y conocer su calidad de irrompibles, me hacían temer que no hubiesen sido nunca sometidos a tal prueba, y preguntándome qué sería de mí si ellos cediesen, sin modo de escapar ni en pensamiento. Y ni el consuelo me quedaba de hacer funcionar mi cámara, por lo ceñido que estábamos. Ciertamente que ya antes, en países del Oriente, me había visto en motivos semejantes, pero en riesgos a mi persona éste les llevaba ventaja por haber quedado atrapado en él.

Como si no fuese bastante con la variedad de armas que allí se estilaban, se dieron a usar de otras con igual abuso que de las primeras, cayendo sobre todos una lluvia de piedras de todo peso y figura en furiosa granizada, dejando muchas de ellas hilos de sangre sobre las cabezas que abrían, las que se conducían como tocadas por alguna varita mágica; y en el toldo del carro rebotaban con ruido de zapateado. Parecía, pues, que trataban de llevar a su realización, pese a todo, su grito de: "¡Mue-
ran los indios!", como en una nueva San Bartolomé, aunque, viéndolo bien, si la proporción era de poco menos que de dos indios por cada ladino, estos últimos serían o, mejor, seríamos los que estábamos en vías de exterminio de no llegar a tiempo los auxilios que necesitábamos. Por mi parte, me había deslizado hasta el fondo del carro, dejando apenas los ojos a la altura de las vidrieras a efecto de ver sin ser visto, en un rasgo de precaución que resultaba inútil, que en el loco afán de dar golpes nadie reparaba si el carro estaba ocupado por indios o ladinos, o desocupado del todo: ellos lo golpeaban lo mismo y zangoloteaban en tal grado que ya me sentía como Sancho en la manta. Y cuando mis apuros eran mayores, temiendo que al fin el carro se evaporase y me quedase desnudo entre ellos, ví que todo el mundo se llevaba las manos

a los ojos y trataban de salir sin hacer caso de los demás, y otros se dejaban ir al suelo suavemente, como embriagados por algún elixir. Comprendí, al fin, que la guardia estaba empleando bombas de gases lacrimógenos y proyectiles de ondas ultrasonoras que marean y adormecen por conmoción vibratoria del cerebro. Poco después aquéllos empezaron a llenar sus carros de presos y heridos.

Cuando ya no quedaba nadie en pie, restablecida la paz, sentí fuertes sacudidas del carro como si también él estuviese bajo la acción de los rayos ultrasonoros. Realmente, alguien le estaba dando pequeños empujones de un lado a otro, y que me hizo mirar angustioso de arriba abajo temiendo que ese alguien se hubiese decidido a acabar conmigo; hasta que, finalmente, se presentó el chofer con el aspecto de un derrotado. En verdad que me había olvidado de él, y me costó gran trabajo reconocerlo envuelto en aquella nube de gases en que venía, a más de señales de revuelto en el traje como si hubiese tomado parte activa en la reyerta. A puro tacto —los ojos los traía inundados— abrió la portezuela y entró, cerrándola después, pero haciéndome entonces derramar las mías por el gas que hasta aquí no había logrado penetrar al taxi, aunque no derramé tantas como él.

Con el pañuelo siempre delante de sus ojos, me contó entonces su historia, que aunque en ello se gastó muchas palabras, puede resumirse así: que por haber caminado en dirección opuesta a la que yo tomé, le fué difícil, cuando empezó el motín, volver al carro con la ligereza con que yo lo hice porque le tocó venir contra la corriente, o sea contra los que corrían tras el indio en fuga. Sin embargo, lo hubiera logrado sino ha sido por la lluvia de disparos que, ya llegando, le obligó a tirarse al suelo, en donde, arrastrándose, pudo finalmente ocultarse debajo y entre las cuatro ruedas. Y allí esperó con la peor de las angustias, pues además de sentirse al alcance de los indios temía que yo, en afán de escapar, hiciera correr el carro... Dichosamente, nada de esto sucedió, sólo que, cuando quiso salir, tuvo que vencer serias dificultades, no explicándose cómo pudo haber entrado, y en cosa de segun-

dos, en oquedad tan estrecha siendo de cuerpo tan grueso. Y ahora resultaba que aquellas sacudidas que sentí últimamente y que me asustaron tanto habían sido causadas por su costosa salida...

Cuando calculó que el ambiente de afuera se había limpiado, volvió a salir, y, agregando a las lágrimas artificiales de antes las naturales y sinceras de ahora, anduvo revisando e inventariando los daños sufridos por el carro y que consistían en abolladuras, rayones, desolladuras y manchas de todo color, al par que soltaba verbos de señales de revuelto en el traje como si hubiese tomado fecho con respecto a los verbos, que le seguían pareciendo pocos, volvió a su puesto, y a su marcha lenta por así exigirlo la niebla húmeda de sus ojos, arribamos al hotel.

No hace falta decir que en este punto he renunciado formalmente a seguir visitando esas mesas electorales que resultaban ser más bien trampas para bobos. Sin duda que fué una buena experiencia, y también un buen recuerdo, pero con uno es bastante.

Diciembre 18

Lunes

Hora: 13.00

Nunca me imaginé que toda esta mañana la iba a pasar recogido en mi cuarto ocupado en tomar aspirinas con limonadas frías y en llevar bolsas de hielo en la cabeza, en esta mi cabeza que más parecía ajena que mía debido a los excesos de anoche. Pues con cualquier cristiano que no sea Gutiérrez y Solares puede uno cenar y brindar humanamente, pero con él no cabe este adverbio en ningún tiempo, pues se las ingenia admirablemente para hacerle olvidar a uno las copas que ha escanciado, de manera que siga tomando hasta agotar la dosis que él mismo considera como buena, y que pocas veces es razonable para el otro. Y hoy he tenido que hacer grandes

esfuerzos para recordar que ayer, a la caída de la tarde, fui a visitar a mi amigo en su bar favorito.

Por las circunstancias políticas actuales el bar tenía sus puertas medio cerradas, haciéndome dudar, cuando hube llegado, que alguien pudiera encontrarse allí; pero en seguida ví que el bar estaba tan concurrido como de costumbre. Lo único que faltaba era la orquesta, porque se trataba de no llamar la atención, no de las autoridades, que nunca ignoran nada, sino de los indígenas que eran los únicos que podrían quejarse por esta violación a la ley ordenaba el cierre de todas las cantinas. Y el propietario, en viéndome, me hizo pasar adelante, llevándome hasta el apartado de mi amigo, al que hallé rindiéndole el cálido tributo de siempre a la botella, en compañía de los dos parásitos archiconocidos los cuales, o, mejor dicho, uno de ellos se retiró como pudo apenas llegué, que el otro se había quedado dormido en posición por cierto tan insegura, que daba la ilusión de que ya iba rodando hacia el suelo.

—¡Hola, don Jorge! —me saludó él saliendo a mi encuentro—. Venga. Lo necesito. Pero diga: ¿usted viene de este o der otro mundo?

—¿De veras tengo aspecto de ánima del otro mundo?

—¡Válgame Dios!, que con un parecido así no me quedara yo aquí. Pero siéntese usted. Sentémono... ¡Moza, arrima otro vaso!

—¿Qué curpa tengo? si las botella se yenan más ligero que se vasían. Pero usted se había ausentado. ¿Era por miedo a los indios? La otra vez le exageré, y usted dispense. Eynos no comen crudo, que lo ponen a asá primero.

—¡Pues no habérmelo dicho antes! He pasado tres días debajo de la cama.

—¡Hombre! Pues estará entumescido... ¡Salú, amigo prófugo!

Respondí al brindis y agregué:

—Al entrar le oí decir que me necesitaba... ¿Es de veras?

—¡Digo! Temprano estuve por eso a buscarlo a usted en el hotel y no lo ví ni pintao. ¿Dónde es que estaba?

—En la mismísima boca de los indios, pero que tuvieron que sollarme porque en aquella hora no tenían el asador.

Me miró incrédulo, y me preguntó:

—¿No me v' a desir que estuvo en medio de alguna catástrofe d' estas? Yo no estoy de broma.

—Pues ciertamente que estuve en una de ellas?

—Gran Dios! ¿Y cómo pudo salir vivo?

Le conté a grandes rasgos lo que me había sucedido por la mañana, concluyendo con la consabida frase de: "Dichosamente no hubo pérdida de vida". Yo creía que le contaba algo nuevo; mas, para mi sorpresa, él estaba mejor informado que yo, pues del bolsillo del chaleco sacó un papel lleno de cifras y, descifrándolo, me dijo:

—Contra eso que usted cree, voyle a enseñar que sobre que hubieron muertos, fueron numeroso. Mire que en sólo er cantón der Guarda Viejo hay hasta ahora un sardo de sierte muerto y diesisei heridos...

—Un momento —le detuve—. ¿Dijo: siete muertos?

—Ni uno meno.

—Es que en esa reyerta fué en la que yo estuve, pero ignoraba que había sido tan grave.

—¡Vamo! Usted está ya tocao der barreniyo de los líos. De seguro que le vió las patas a la sota (a la muerte), porque le ha fartao el canto de un duro pa salí al otro barrio. De que es valiente, es valiente. —Y siguió interpretando su hoja de apuntes: —En la sona norte, hasta ahora, cinco muerto y once heridos. En la der sú, nueve muertos y sesenta lesionado. Poquito antes que usted viniera pregunté al hospital Rúsevel y me dijeron que de los herido habían muerto dié, que hasen en total, hasta las quince horas, treintiuno. Treintiuno que descansaron en la paz de su Creador.

—¡Admirable!

—Admirable, no. Ya esperaba yo cosa así. ¡Con estos indio!...

—Admirable, digo, que usted esté tan bien informado sin haber salido de aquí.

—Tiene usted razón, pues ni las difusoras disen ná. Pero un oficial del Ejército es mi amigo, y él me lo contó ahora. Pero déjeme que le vuerva a yenar el vaso. ¡Salú, ingeniero!

Después me preguntó:

—Todavía no me ha dicho por qué no había venido antes. ¿Qué le pasaba?

—Que no tenía ningún deseo de beber, y estaba esperando llegar a tenerlos.

—Mire ¡qué ingrato! ¡Y las pobres fábricas trabajando de barde!

—Eso no, que usted lo hace por más de dos. Pero yo insisto en saber qué es lo que necesita de mi.

En aquel momento percibimos el trágico aullar de un carro cuya sirena pedía vía libre, nerviosa y despavoridamente. Y, dado el estado de ánimo en que estábamos, nos abalanzamos a la calle a tiempo de ver cómo un carro de la policía que venía a alta velocidad, por esquivar a la ambulancia llena de heridos que continuaba haciendo sonar su sirena, saltó sobre el andén vecino y con terrible impulso se dió contra la pared dando después varias volte-retas hasta quedar cruzado en plena calle ruedas arriba.

—Entonces la ambulancia, se detuvo, y, aumentando con aquellos su sangrante carga, prosiguió su marcha con igual velocidad y ruido.

Ante tal espectáculo mi buen amigo casi se desmaya. Volvimos a la mesa, vació de un sorbo un respetable vaso; y después que pudo hablar me dijo muy en serio:

—Usted debe irse de aquí antes que sea tarde. La patria está en peligro. Los días a venir serán mucho peore, y jicaque tar ves reaprenda a comer crudo.

—¿Irme? ¿De dónde? —le pregunté extrañado.

—De este país. ¡Váyase, váyase!

—Pero ¿qué le ha hecho pensar así?

—Esos que iban en la ambulancia. ¿Le parece poco?

—No eran muchos, y en cambio no pensó así con los incontables que tiene en la lista que me mostró.

—Aquellos no los ví. Y no vaya a reírse, que tal y

como se van poniendo las cosa me parece que irse e lo mejó. Haga como le digo que yo sé por dónde vá el agua. Sacuda sus pié y váyase ahora mismo.

— A mí me sorprendió oírlo hablar así, pues él nunca había sido histérico, que yo sepa. Pero adivinando mis pensamientos, él continuó tocándose la cabeza:

—No crea usted que me patina er coco, como aquí disen, y si lo cree, mejor, que un loco no sabe mentir.

Entonces le dije:

—Pero usted se queda sin el consejo. ¿Cómo es que no se vá usted también?

Se encogió de hombros con el clásico estilo español, y dijo:

—Lo mío es otra cosa, ingeniero. Tengo aquí todos mis intereses, y ya estoy acostumbrado a lo duro de la vida. Además, soy má solo que la una del reló, y ya estoy grande. Ná importa que se empachen los indio por comer carne vieja. Pero usted es distinto. Er mundo es de usted y debe cuidarse mejor.

—Le agradezco mucho su buena intención —le dije—, pero no hallo correcto abandonar así no más, por un simple miedo, la misión que me han encomendado. Usted sabe que yo no he venido libre y espontáneamente, como vienen todos, sino mandado directamente por una compañía cuya seriedad nadie puede poner en duda. Por supuesto —añadí—, nadie me tiene aquí a la fuerza: libre soy de irme cuando quiera sin perder un dólar. Pero estoy seguro que pasadas las elecciones, que puede decirse que ya pasaron, ya no habrá más ocasión de rozamiento entre indios y ladinos, y volverá a establecerse el estado de equilibrio interrumpido ahora. Después, cuando de aquí a tres meses tenga que hacerse el cambio de gobernante, entonces sí es posible que siga su consejo, porque el choque entre uncs y otros será mortal; mientras todo ha de seguir tranquilo, plazo que yo aprovecho para dejar concluidos mis trabajos que debo iniciar mañana.

—¿Mañana? Eso se yama suicidio, ¡por éstas que son cruces! La oposición no es mañana, la lucha no es mañana, er canibalismo no es mañana: todo es hoy, y hoy es que se muere. Son eyo los toros, y ya no se detienen ni

gritándoles con los vaquero: "¡Pajaritoooo! ¡Jeráaaa!
¡Jopa, jopa, jopa!...

Me eché a reír, pero él proseguía con toda seriedad:

—Váyase ahora usted, y vuerva después, cuando esos indio hayan vuelto al corral. Y si eyos no vuelven, tampoco vuerva usted, y tóo estará perdío por aquí, y nadie querrá planta ni de regalo. Y si le pagan a usted aunque no trabaje, pues ¿qué prisa tiene usted en trabajar?

—He prometido al gobierno actual —le expliqué— proporcionarle las glorias de la inauguración de esa planta, y para cumplir debo apresurarme.

Enarcó las cejas y repuso:

—¿Cumplir promesas? ¿Aquí? Pronto se v' a dar cuenta usted que desde er grande hasta er pequeño, aquí nadie cumple esas cosa. Aquí las promesa son no más pa consolar a los tonto. Tóos prometen y nadie cumple, que parese que aquí las historia jusga a los hombre según sus deseos, valiendo sus intencione por tóo lo demás; y es er desir que adonde fueres has lo que viere. Pero ni aun cumpliendo usted, no v' a ser con er gobierno con er que quedará bien, sino con los indio que van a chuparse hasta los dedo.

Sonriendo le repliqué:

—Siempre quise ser sincero conmigo mismo, mi buen amigo, y no opino por imitar las malas costumbres. Y por lo que toca a eso de chuparse los dedos, tanto mejor: así habré sido útil aun después de muerto.

—No niego la ventaja de ser sincero, que pa eso son las palabras, pa desir lo que se siente, que sino, mejor no hablar; y que debiera ser defendida la sinseridad como se defienden los tesoro, y haserse por eya propaganda como se la hase a los whisky, los sigarro y los cosméticos. Que, digo yo, a su farta débese la ausencia de amistá entre tóo los hombres. Pero aquí... ya lo verá usted. Pronto verá que le está buscando los tres piés ar gato. ¡Y se los va a encontrá! Pero si no quiere usted irse der país, mejor se queda aquí en la capital, y así ar menos podré verle hincá er pico pa encomendarlo a Dió.

A todo esto ya había anochecido, y nuestro apartamento había adquirido su distintivo de ensueño que le daba la luz tenue y lila de las lámparas de neón. Volví los ojos a la mesa. En la botella quedaba aún la mitad de whisky, y sorprendía ver cómo mi amigo se pasaba el rato sin volver a llenar los vasos, indicio seguro de que estaba preocupado; el motivo de su pena era yo mismo... Sonreí al decirle:

—Ya usted está logrando entermecerme.

—No por eso lo digo. No vaya a creer usted. Sino por experiencia. Usted no se acuerda que hace como un siglo se alzaron los obreros en mi tierra y asesinaron a todo rico que hallaron, y eso que no había mucho odio. ¡Ahora aquí que hay tanto! Todo el mundo díselo.

—No quiero que me crea duro de corazón —le dije al fin—. En obsequio a usted me quedaré hasta el martes. ¿Le gusta?

Como si le hubiese hecho un verdadero obsequio, contestó:

—¡No sabe cuánto me gusta! Y yo tengo un día más pa seguirlo convensiendo... ¡Moza! ¡queremo cenar!

Al grito suyo despertó el parásito que yacía mal doblado en su silla, y lo primero que hizo, como todo el mundo que despierta, fué moverse, y eso le perdió, porque el equilibrio que bien había guardado dormido, lo rompió de pronto, y fué a acabar de despertar al suelo. Se levantó llorando, pero, sin mirar atrás, empujó la puerta y se fué entre andando y patinando.

Al preguntarle a mi amigo quién era aquel, o aquellos, respondió:

—Son uncs pobres, pobre de monedas, pobre de espíritu, pobres de todo, y ricos de dolor, de pena, de aflicción, como aquí hay tantos. A éstos les doy sus poco de whisky pa que vivan, pa que vivan y no se suisiden, porque si no están bolos se acuerdan de que no son ná, y que su vida es sufrir, sufrir y penar, cual dise la cansión, aunque ojos no cantan ni ríen: sólo yoran cuando están borrachos...

La mesera vestida de india llegó, y empezó a poner los platos y demás cosas del servicio. Me volví otra vez a él insistiendo:

—Pero desde el principio dijo usted que me necesitaba. ¿Nunca va a decirme al fin para qué?

Y contestó:

—Pues ya ve usted: pa cenar junto...

Hasta aquí es lo que recuerdo, porque en aquella hora menudearon los licores en tan gran diluvio que acabé sumergiéndome en la más negra oscuridad. Cuando desperté, por la mañana, me ví en la cama junto con el más grande dolor de cabeza que he tenido, el que al ser dominado por las aspirinas, aquella cabeza me quedó hueca, como vacía, como ajena... Pero, si no me equivoco, ahora he vuelto a mi calma y hasta almorzado con regular apetito, sintiéndome como nuevo, incluso para ir a dormir mi siesta.

Hora: 23.30

Pronto será media noche, y, sin embargo, heme aquí escribiendo esta otra página de mi diario porque, en primer lugar, no tengo sueño: dormí toda la tarde; y, en segundo lugar, porque esta página será la más importante de cuantas he escrito aquí. Las emociones, pues, van en aumento, y ya hay para satisfacer al más exigente. Pero hemos de empezar por el principio, aunque siempre él sea el de menos gracia. Y el principio aquí fué que, después de darme un baño bien caliente. Salí a dar una vuelta por la calle, a aspirar nuevos aires. La tarde iba de mengua, lanzando gritos de colores por toda la comba del cielo y formando los bellos celajes de que se ufana Guatemala, eternos presagios de un tiempo eternamente bueno. Respiraba con delicia la brisa de esa hora, húmeda y fresca como el rocío; pero después de haber recorrido varias avenidas, incluyendo la sexta, llegué al convencimiento de una triste verdad: la ciudad estaba descolorida, desteñida, como si algún bromista la hubiese astutamente

desnudado de sus más ricos matices para dejarla pálida, palidez que ahora era aún más de notar por el decepcionante contraste que hacía con aquel firmamento. No voy a negar que esas avenidas seguían animadas y llenas de gente, y hasta de gente elegante, como suelen ponerse todas las tardes, pero faltaban los muñequitos descalzos con sus bandas y refajos de púrpura, las vistosas faldas y los variados güipiles que, más que gente, podían ser tomados como brochazos de caprichoso pintor que animara después el espíritu de la Magia o el Arte de la bruja. ¿A dónde habían ido los rebozos-hamacas, las redadas de cántaros? Aquellos largos y brillantes chachales que oscilan como péndulos junto con las trenzas al ritmo del paso, aquellas canastas de frutas llevadas en perpetuo equilibrio, las miradas bajas, los caminar en fuga, todo había dejado de verse. Y así, de pronto, daba como desánimo esta resultante monocromía, tanto que hasta el corazón se achicaba en el pecho...

Pero ¿qué es lo que pasaba con los indios? Era extraño por demás que la Biblioteca Indígena estuviese cerrada, e increíble la falta que hacen en las calles, plazas y mercados —porque hasta en éstos fuí a buscarlos— aquellos entes menudos que, no obstante, son tan visibles por doquiera que vayan. “¿A dónde habrán ido, con qué objeto, y desde a qué horas se irían? Seguro estoy de verme en presencia de un suceso extraordinario, tanto más interesante cuando que ignoro de qué se trata. ¿Cómo averiguarlo?” Estos eran los pensamientos que se agitaban en mi mente, mientras caminaba despacio por los incoloros andenes. Y seguía diciéndome: “¿Quién podrá informarme? No los iadinos, que ni siquiera dan señales de especial precaución, como si no notaran esa ausencia. Mas ¿cómo pasar tal hecho inadvertido? Pues lo notarán, y no les importa nada. ¿Pero será verdad que nada les importe? De ser así, debieron conocer la causa. Pero entonces, ¿por qué se encogen de hombros cuando se les pregunta? ¡Dios mío, qué de cosas raras se ven aquí!”... Y ni los diarios decían nada, aunque sí daban cuenta de las trifulcas ocurridas ayer aquí y en otras partes, pasando ahora por alto —algo también raro— el resultado parcial

de las votaciones locales, omisión que, juzgaba yo, podía prestarse a especulaciones. Sin embargo, todo esto, incluso los resultados electorales, para mí había pasado a segundo plano. Lo que más quería saber era adonde habían ido los indios. Fué hasta después que supe que ambas cosas, elecciones y desaparacimiento de éstos, estaban íntimamente relacionados; pero en aquel momento ni lo sospechaba. No es que por ello sintiese yo algún temor, pero tal ausencia me sabía a misterio, con todo lo amargo y lo dulce de los misterios, y más misterioso que la ola de mar que va y viene, porque ésta se sabe que volverá después; pero aquéllos, ¿se habrán ido para siempre? ¿A dónde?... Con gusto habría ido a preguntárselo a mi amigo Gutiérrez, que me había dado nuestras de saber más de lo que aparentaba, pero no me decidía a repetir la noche de ayer y las benditas aspirinas de hoy, ni verme por sus ruegos demorado un día en mi viaje a Poptún. ¿Cómo averiguarlo entonces?...

Volví al hotel, y me senté a cenar. Después pensé en mi amigo de Valois, y creí que hoy sería la oportunidad de ir a verlo y de escucharle todo lo mucho que tendría que decirme; pero al telefonar al consulado, una voz me contestó que el cónsul estaba ausente. No me quedaba más que la señora Rubio, a quien decidí visitar en seguida, pues aunque no creía que ella pudiese conocer la razón de aquél misterio, siquiera tenía la seguridad de que no encontraría en su casa los riesgos que habían en el bar de mi amigo, ni ningún otro. Mas, ¡qué equivocado estaba! ¡Si ella lo sabía todo!...

Tomé, pues, el camino de su casa. Al llegar y bajar del taxi ví salir de donde ella un caballero que se alejó en su coche de placa oficial. A ella la encontré sola, leyendo un libro. Al verme se alegró:

—Buenas noches, señor Johnson... Lo hacía ya en Poptún. ¡Qué bueno que se haya quedado!

—Si me he quedado es solamente por este día —le dije—, pues me voy mañana, y, precisamente, uno de los motivos que me atraen aquí es el de despedirme de usted.

—Pues le deseo muy buen viaje —contestó con calma—, aunque ¡quién sabe si sea eso lo más aconsejable!

—Hay ciertas razones por las cuales sería más prudente no salir en estos momentos de la capital.

—¿Otra vez? —pregunté sorprendido—. Pero ¿no pasaron ya las elecciones, presidenciales?— Ya temía que me dijera que faltaban otras elecciones presidenciales.

Ella sonrió:

—Las elecciones sí, pero ahora está empezando algo que no se sabe qué sea. ¿No se ha fijado que los indios han desaparecido de la ciudad?

—Sí, ¡cómo no!, y por cierto que mucho me extrañó, aunque ignoro si ellos tienen por costumbre portarse de ese modo.

—No, ¡jamás. Irse como se han ido ahora, todos de una vez, nunca se ha visto. Figúrese que estamos bloqueados en muchas de nuestras actividades, pues, como ya sabrá usted, ellos son los que traen los comestibles al mercado, y al haber dejado hoy de venir se convierte en problema el hallar qué comer, quedando aún en peor predicado las que teníamos sirvientas naturales, que somos muchas, porque se fueron callandito y sin esperar ni su sueldo.

Yo respiré. La cosa no era tan grave ni merecía mayor atención, salvo para las amas de casa. Sin embargo, le dije:

—Eso sí es una calamidad.

—Más que calamidad, porque no crea que se han ido sólo los indios del servicio doméstico: también hasta los que tenían empleos oficiales en provincias abandonaron sus puestos y hasta los pueblos en donde eran funcionarios, todo sin previo aviso ni explicación alguna, y dejando sus casas cerradas porque se llevaban hasta los perros. ¡Es un desastre!...

Recordé entonces que ella había dicho que sin los indios esto sería Guatebuena. Ahora resultaba que era Guatepeor; pero no iba a ser yo quien se lo dijera. Sólo le pregunté:

—Y ¿a qué horas es que se fueron ellos?

—Mi sirvienta se fué desde las seis, apenas se despertó por la mañana, y ya las vendedoras del mercado no vinieron hoy.

Hizo una pausa, y continuó más seriamente:

—Hay algo más todavía. La persona que salió de aquí cuando usted entraba es un miembro del Gabinete del Presidente, y me contó que el Servicio de Inteligencia ha informado al gobierno que los indios se están concentrando en las afueras de esta ciudad, no se sabe con qué propósitos, pero que dado lo perversos que son se supone que no ha de ser para nada bueno; y precisamente esta noche habrá Consejo de Ministros para discutir la acción a tomar, pues el gobierno debe aprestarse para cualquier eventualidad. Por eso le aconsejaba que no se fuera todavía hasta que no se haya normalizado todo.

En el momento no supe qué decir, pues la calamidad o el desastre era pareja, no sólo para las amas de casa y seguramente iba a tener que retrasar mi viaje. Pero luego pensé que... Y le pregunté:

—¿Están ellos armados?

—Aparentemente no —respondió—, pero nadie lo sabe de positivo. Y lo que es peor —agregó—, es que este bloqueo sucede no sólo aquí, sino también en muchas, por no decir todas, ciudades y pueblos de importancia que se ven ahora en peores condiciones que nosotros por carecer de medios apropiados de defensa en caso de un asalto. Ya ve usted si será o no prudente quedarse aquí mientras tanto.

—Todo eso es muy interesante —le dije, volviendo a mi optimismo—, aunque se me hace difícil creer que sin tener armas quieran intentar algo semejante a un asalto, a menos que fuesen suicidas. En todo caso, me parece que de alguna defensa me ha de servir mi condición de extranjero.

—Esa condición aquí no le sirve de nada, porque ellos no saben hacer distingos. Para ellos todo el que no se viste como ellos es ladino, es decir, uno que juzga contrario o antagonista suyo, y lo medirían con la misma medida.

Yo me resistía a darme por vencido:

—Y ¿cómo es que la gente de la calle se muestra indiferente, como no dando al asunto ninguna importancia?

—Así somos aquí; no nos gusta expresar lo que sentimos. Pero en la intimidad todos estamos igualmente preocupados. ¿Qué, no me cree a mí?

—Perdón señora. De su palabra no dudaría jamás. Es que ya me veía colocando las distintas partes de la planta en la bonita ciudad de Poptúm. Y el pensar que debo seguir esperando... ¿Cuándo cree usted que podré irme?

—Cuando todo haya vuelto a lo normal. Probablemente mañana se sabrá más que ahora. Comprendo su pena por tener que seguir posponiendo la iniciación de sus trabajos, pero ¿qué otra cosa queda? Aquí no es como en su país, que las cosas se hacen cuando se debe; aquí se hacen cuando se puede.

Como yo nada dijera, ella continuó:

—Y a propósito, ¿se puede saber qué clase de planta es la que va a instalar? Me figuro que será una planta muy importante.

—Ciertamente —le dije—. Voy a instalar una fábrica de fuerza eléctrica mediante energía fisiaria.

—¡Ah! ¿No es eso lo que llaman desintegración nuclear?

—Exacto.

—Pues ya he oído hablar de esa energía liberada por la escisión del núcleo atómico en... ¿Cómo es que se dice? En reacción encadenada.

—Sí, señora —le contesté—, sorprendido de ver lo mucho que sabía, tanto más que estas cosas poco han interesado a las mujeres de siempre—. Esa reacción se llama en cadena porque un grupo de átomos es destrozado por la acción de las balas atómicas llamadas neutrones. Los átomos así rotos libertan más neutrones que, a su vez, se comportan como los anteriores golpeando y desintegrando nuevos átomos que igualmente se conducen como los anteriores, en un proceso que va ampliándose cada vez más, formando una cadena de reacciones que se sostienen por si mismas. En una bomba destructora, co-

mo las de la última guerra, este proceso se realiza a la velocidad de la luz. Pero controlando debidamente esa velocidad, podemos poner a nuestro servicio esa energía atómica que es millones de veces mayor que cualquiera otra conocida.

—Y se llama uranio el combustible, ¿no?

—En efecto, señora; pues aunque el plutonio 239 es más poderoso, se sigue usando el isótopo 238 del uranio por ser más fácil de manejar y ser el otro monopolio del Estado, sirviéndose siempre del uranio puro, además del grafito, como moderador, a fin de hacer más lentos los electrones y la energía liberada sea en reacción encadenada.

—¡Tantas cosas con el átomo —observó— y pensar que nadie lo ha visto! El átomo del uranio, por ejemplo, ¿qué tamaño tendrá?

—Pues a pesar de que ese átomo es uno de los más grandes y pesados de los que se encuentran en la naturaleza, se necesitaría aumentarlo mil millones de veces para que llegara a alcanzar el tamaño de una pelota de basquetbol. Y su peso entonces equivaldría a una tonelada.

—¡Una tonelada! —repitió ella.

—Sí, y sin embargo esa pelota estaría casi hueca o vacía, pues todo su enorme peso estaría concentrado en una manchita del diámetro de una milésima de pulgada que sería el núcleo compuesto de 238 partículas llamadas protones y neutrones.

—Y la liberación de éstos es la que produce la energía, —concluyó ella.

—Eso es.

—Y ¿cómo es que puede aprovecharse tal energía? ¿En qué consiste la planta?

—La planta de energía nuclear —empecé a explicarle, encantado de sentirme en mi elemento—, se compone de varias instalaciones. En primer término está, desde luego, la pila o reactor Bepo que es de titanio, o bien de una masa de grafito y uranio puros que, como dijimos, al frenar la velocidad de aquéllas partículas bombardeadoras del uranio evita la explosión que sin ello se produciría,

para no ser más que una simple fogata, de suerte que la pila se conduce igual que una caldera productora de calor, el cual es engendrado por aquel bombardeo que tiene lugar en su interior; después está el sistema de transmisión de ese calor hasta la turbina, que es la que moverá el generador de fuerza eléctrica acoplado...

Me interrumpió para objetar:

—Pero debe ser alguna turbina especial para que resista tal calor, ¿verdad?

—No es necesario, porque hay un equipo de enfriamiento para moderar ese calor. Hay otra instalación para el refinamiento de uranio, de minerales y concentrados; otro para transformar la ceniza radioactiva, en moléculas de “carbono pesado”, que se utiliza en la investigación biológica, haciendo juntamente desaparecer el peligro de tales cenizas; otra para el ciclotrón a acelerador de electrones, el cual consiste en un gigantesco imán entre cuyos polos se imprime velocidad a las partículas nucleares hasta alcanzar energías de 200 millones de voltios electrónicos y velocidades de 300 mil kilómetros por segundo antes de precipitarse contra los blancos situados en el extremo lejano del generador. Además, están las instalaciones para la sección médica encargada de velar por la salud de los trabajadores, a más, de los sistemas de protección que incluye murallas de hormigón y plomo de un metro de espesor, y, por último, oficinas, talleres, almacenes, etc.

Abrió los ojos sorprendida para decir:

—Pues una instalación de esas debe ser muy grande.

—Efectivamente. Ella entera, incluyendo las viviendas de los obreros, hace una ciudad de buen tamaño.

—Pero debe costar mucho dinero obtener ese uranio. ¿Cómo podrá nuestro gobierno?

—Ahora ya no es tan caro como antes, pues todos los países del mundo tienen hoy derecho a una ración determinada del combustible radioactivo en relación a su población. Pero sin duda que siempre resulta un sacrificio para cualquier país la instalación de una planta como ésta.

—Un sacrificio que bien vale la pena, —dijo ella.

—Seguro, tanto más cuanto que la ciencia atómica ha logrado ya dominar algunas enfermedades, aunque desde luego no tantas como esperaban, y aquí además revolucionará los procesos industriales, mejorará los productos existentes y creará nuevos, desarrollará la agricultura y revelará al hombre de sus agotantes trabajos actuales.

—Sí, una bendición; pero, ¿cada cuánto tiempo es necesario para reponer esa cuota o ración de uranio? Porque si va a tenerse que estar reponiendo a cada poco... recuerde que aquí todos somos tributarios o pagamos impuestos.

Y se rió.

Yo le repuse:

—La ración se paga sólo una vez, porque ella sola se repone.

—Y eso ¿cómo? —preguntó gratamente sorprendida— ¿No hay que volverlo a comprar?

—No. El reactor es de los llamados “hornos perpetuos”, que él mismo se crea el combustible, y en mayor cantidad del que consume. Por eso se le llama también “la generadora creadora”, pues al lado de los neutrones en marcha, otros están creando nuevos átomos para ser convertidos en combustible.

—¡Qué interesante! exclamó—. Entonces resulta que es menos caro de lo que puede suponerse. Es innegable —observó otra vez— lo que ha avanzado la ciencia. Eso del generador perpetuo yo siempre lo había creído una chifladura de los científicos, como el asunto de los vuelos interplanetarios del hombre, que según el libro que estoy leyendo y que se titula “El Mundo del siglo XIX”, se esperaban poder realizar antes del año en que estamos, y que han sido hasta hoy un perfecto fracaso.

—Ciertamente, los hombres de entonces habían creído posible ir de visita a Marte o a la Luna como quien va de tiendas a la sexta avenida, pues se creía que el mayor obstáculo a vencer, aparte del estado inherente a esos planetas, lo constituían las temperaturas sumamente altas que se encuentran más allá de un centenar de ki-

lómetros de altura; pero ignorando, por otra parte, que el cuerpo humano es el resultante del equilibrio de dos polaridades opuestas: una positiva y otra negativa, negativa por estar en tierra y positiva por nutrirse del aire, y que, sacando al hombre de este planeta, por ser los espacios interplanetarios exclusivamente positivos como son también los cuerpos celestes, a excepción de la Tierra, se trastornaría su equilibrio eléctrico o vibratorio, aumentándose su polaridad positiva y reduciéndose en cambio su opuesta o negativa; y como según las leyes de la física, no pueden estar unidos estos valores teniendo potencialidades diferentes, la muerte del hombre habría sido su natural consecuencia.

—¿No fué, pues, por fracaso de la ciencia el no haberse realizado con éxito aquellos vuelos?

—No; que el fracaso estuvo en haberse concebido tal cosa como posible, ya fuesen dentro de un transporte-cohete o caballeros en un rayo de radar.

Nos echamos a reír, y ella dijo después:

—Comprendo. Fué éste un fracaso semejante al de las genoproteínas del profesor Stern, con las que creyeron poder vivir durante mil años.

—Ni más ni menos. Este sabio sabía de todo, excepto que la edad del hombre no puede pasar de 145 años, que es su ciclo natural de vida, siendo todo lo demás pura fantasía.

Me quedó mirando, y al fin dijo:

—Es posible. Y es que el hombre siempre fué amigo de hacerse ilusiones. Pero volvamos a nuestra realidad. Pienso ahora que si su objeto de ir a Poptúm es el de instalar una planta de la magnitud que me ha explicado, esto quiere decir que tendrá que dilatar allá un tiempo más o menos largo, ¿es verdad?

—Así es.

—Entonces con mayor razón debe seguir mi consejo de no irse todavía hasta no conocerse la intención que tengan estos indios.

—¡Admirable!

—¿Qué es lo admirable? Ella no sabía qué era, pero ya estaba admirada al tiempo de preguntar.

—Esa coincidencia —le expliqué—. Anoche fué el señor Gutiérrez quien me hizo quedarme el día de hoy, y ahora es usted.

—Pues no somos ni él ni yo, sino los acontecimientos. Usted no conoce aún a los indios. Son meros peligrosos.

—Pero no es que sean antropófagos, ¿verdad? El así me dijo, pero...

—¡Ay, no! —me interrumpió riendo. Don Tono exagera todas las cosas. Sin embargo —añadió, ya en serio—, no por eso vaya a fiarse de esos indios, porque a lo mejor se deciden ahora a aprender...

Recordé de pronto las palabras del presidente cuando dijo: “Siempre la gente exagera las cosas”... Y después: “...sabotearon totalmente mis esfuerzos”... Y por último: “...fuerzas semejantes pero antagónicas y puestas hoy frente a frente”... Por su parte, ella había dicho: “Figúrese que viniéramos a quedar bajo el poder de los indios; ¿no sería peor que morir?” Y yo dije: “El despertar de una raza”... “Pero”, pensé ahora, “si esto es un despertar, significa que estamos en el principio del fin. ¿Pero del fin de qué o de quién? Porque no será sólo el final de un sueño. ¿Quién podrá saberlo?...” Y de mi memoria brotó un nombre como cohete de luz en la noche: “Miguel Xirúm Ij”. “Sin duda”, seguí diciéndome, “que él sí sabe de quien es el fin que se vislumbra, o si no hay tal vislumbre ni habrá fin para ninguno, y todas estas cosas sean lucubraciones mías... Pero, insistí, “una cosa que no tiene fin es eterna. Y ¿qué hay eterno en la vida? Entonces, no han de ser lucubraciones éstas. ¿Qué son, pues? El único que podría responder a esta pregunta, y responder satisfactoriamente, es el propio Xirúm, quien debe estar con seguridad entre esos que se han reunido en los contornos de la ciudad. ¡Si pudiera ir allí!...”

Pero su voz vibrante me sacó de mis reflexiones al preguntarme:

—¡Señor Johnson!, ¿en qué está pensando? Me he levantado y vuelto a sentar sin que usted pudiera nortarlo por haberse ensimismado así.

—Le pido mil perdones, señora. Estaba pensando que... que ya es tiempo de irme —me resolví, poniéndome de pie.

Con apenada voz, contestó:

—Como usted quiera. Y espero que no se haya contrariado por haberlo sacado de su meditación.

—Todo lo contrario, señora —y ahora era yo el apenado—, sí le estoy agradecido por su consejo y demás informes que me ha dado, los que han tenido para mí más valor del que usted puede imaginarse. Tan así es, que ahora siento menos contrariedad que al principio por tener que quedarme más tiempo aquí, y le prometo volver la víspera de mi partida para tener el honor de despedirme de usted. Muy buenas noches, señora.

—Buenas noches, señor ingeniero.

A grandes pasos llegué a la esquina y tomé un taxi, con mi pensamiento puesto en el hombrecito de afuera que debía de estar mirándonos con sus prismáticos, a falta de otra cosa. Pero ¿qué prismáticos serán éstos que han engendrado tanta preocupación?

Cuando pasábamos frente al palacio el chofer me preguntó que adónde íbamos, y al decirle que mi intento era ir a ver de cerca a los indios reunidos extramuros, paró su carro en seco y contestó terminante:

—De cerca no, míster. Por ningún precio lo llevaría allí de día; muchos menos de noche.

Y me miró de un modo extraño, como si recelara. Tal negativa no me sorprendió mucho, pues no esperaba que todos los ladinos estuviesen dispuestos a ir gustosos hasta allá. Algunos se negarían. Pero cuando le dije:

—Bien, si usted no quiere llevarme, dígame quién otro querrá hacerlo. En este lugar —y señalé los parques vecinos— parquean más de cien taxis. ¿Dígame cuáles...?

El me interrumpió:

—No usté. Aquí nadie le aceptará esa propuesta, y ni se los proponga porque iban a creer que... Bueno, iban a dudar de su sano juicio.

Sorprendido ahora de verdad, no pude evitar decirle:

—¿De verás? ¿Pero tanto miedo les inspiran a ustedes esos indios?

—Los indios son meros malos, míster. Usté no los conoce ni se lo imagina. Tal vez no le hagan nada al que llegue, pero tal vez sí. ¡Quién sabe!

Vi entonces que no había allí más que resignarme, algo que jamás había hecho antes; porque yo sabía que, en el campo de sus posibilidades, para los hombres no hay imposibles. Pero aquí, parece que este mundo es distinto; un mundo en el que todos se comportan a modo de vivirle repitiendo a uno que no hay nada posible; que todas las intenciones deben quedar en eso; en intenciones, porque en la práctica todas ellas terminarían en el fracaso. Lo ideal ha de ser renunciar a toda actividad, y hasta al acto mismo de pensar, pues ¿para qué pensar en cosas que nunca se van a realizar?...

Pero aún tuve alientos para proponerle:

—Y verlos, pues, siquiera de lejos, ¿tampoco se podría?...

—De lejos, sí. Lo puedo llevar a los suburbios y desde allí los podrá ver...

Lo logrado había sido insignificante, pero al momento me sentí como un verdadero hombre de éxito.

Velozmente me hizo cruzar la ciudad, y saliendo de ella me introdujo debajo de unos arcos negros de piedra. Zigzagueando después entre un sinnúmero de raras esculturas que adornaban el paso y que brillaban a la luz de los faros del carro, llegamos al fin a un lugar en donde se detuvo entre otros muchos automóviles que allí aguardaban espejeando en la oscuridad. Más allá se movían inquietos cantidad de curiosos que habían llegado con el mismo objeto que yo, haciendo comentarios en cuchicheo como si temiesen ser oídos por los indios.

Caminé entre ellos hasta dar con un barandal de hierro que impedía seguir adelante, y ante mis ojos se extendió a lo lejos millares de hogueras que por la distancia semejaban pequeñas antorchas o gusanos de luz. Sobre ellos volaban a regular altura unos cuantos aviones de la policía que frecuentemente disparaban cohetes luminosos en su servicio de estrecha vigilancia, los que parecían estrellas fugaces cayendo sobre una vía láctea.

Con las narices pegadas al barandal y los ojos puestos en las distantes hogueras, un grupo de policías hacía guardia. Me acerqué a uno de éstos y le pregunté qué cantidad de indios se calculaba en la zona de enfrente.

—Son muchos —respondió en voz baja—. En todo eso no hay menos de cien mil.

—¡Caramba! ¿Será posible?, pregunté incrédulo. Pero debía ser, si aquello era como una vía láctea, como una constelación de constelaciones.

Otros tantos curiosos se nos acercaron para oír también lo que decíamos, aunque más se distraían mirando el descenso de los cohetes. Por un momento guardamos silencio, pero luego volví a la carga:

—¿Habrá peligro en llegar hasta ellos?

—No se sabe. Mejor sería no hacerlo.

Al recordar en seguida las raras esculturas que había visto poco antes, que eran como estelas e ídolos de piedra y colocados en serie formando como un bulevar de estatuas, le pregunté dónde era que estaba.

—Este es el parque arqueológico nacional de Kamínal Juyú —contestó—, que hoy está oscurecido para poder vigilar con mayor seguridad. Pero podrá apreciarlo de día; es digno de verse. Véngase mañana.

—Sí, señor; muchas gracias. Volveré mañana.

Seguí observando por un rato más hasta que el frío me obligó a volver al taxi, con el sentimiento de haber perdido otra oportunidad de conocer al Reformador. ¿Habré de seguirlas perdiendo todas? Pero, ¿se presentarán más oportunidades?...

Y éstas son las memorias de hoy que he creído más importantes que todo lo conocido hasta ahora, y sumamente excitantes, que el saberse uno rodeado y vigilado por cien mil desconocidos cuyas intenciones no se conocen, es para reírse de contento...

Pero tal vez mañana pueda ir a conocer a ese Xirúm. Ojalá amanezcan todavía allí.

Diciembre 19.

Martes.

Hora: 7.00.

A pesar de lo tarde que me acosté anoche, nunca me he despertado tan temprano como hoy, sin poder evitarlo, pues es difícil hallar sosiego cuando en la mente burbujean tantas y tan misteriosas incógnitas que lo impulsan a uno a velar y a moverse con la inquietud con que se mueven los ladinos al presente. Aunque yo he estado quieto en la cama, pues con estos fríos, ¿quién se levanta antes de esta hora? La inquietud la tenía sólo en la mente, que es por cierto la peor de las inquietudes. Obsedía mis sentidos el nombre clave de Miguel Xirúm Ij, y me preguntaba cuáles serán sus designios y qué querrá, porque es innegable que algo quiere. Esta ausencia de ellos me parece que es más que una simple huelga de brazos caídos, como lo prueba esa concentración suya y la cual no debe obedecer tampoco a un puro y simple despliegue de fuerzas, sino quizás a una verdadera movilización. Mas ¿cuál será el objetivo de ésta y qué mente lo impulsa? ¿Qué alcances tiene? ¿Será que pretenden vengar a sus "hermanos" muertos en el último día electoral? Pero ¿con qué justicia podrían culpar a todo un pueblo de lo que no fueron sino riñas aisladas? A menos que... sí, a menos que sea verdad que son salvajes. ¿Y pueden ser salvajes los que se ilustran, los que pasan sus ocios en flamantes bibliotecas y entre brillantes libros? ¿Pero acaso la historia no cuenta de pueblos sabios y cultos y, sin embargo, sanguinarios complotistas contra la paz propia y ajena? Pero tales pueblos empezaron siempre por armarse bien. ¿Estarán, pues, los de aquí secretamente armados? Ibamos a decir entonces que estamos en vísperas de una revolución. Mas ¿cómo podrían ocultar un armamento de considerables proporciones? No, no: deben carecer de armas, y, a lo mejor, sólo pretendan arrojarse a las bocas de los "blancos" cañones y morir en fanático holo-

causto a sus montunos dioses a fin de limpiar la mancha de los que cayeron antier. Sólo faltaría, para completar el cuadro, un Nerón como testigo, y una cítara para el ritmo... Y ¿si fuera resultando que, habiendo renunciado a todo mal propósito, han vuelto ya a sus labores habituales?

Voy a desayunarme, y luego iré a ver qué hay de todo esto.

Hora: 8.30.

Todavía continúo aquí sin haber salido, pese a todos mis deseos, debido a que hoy tuve que esperar turno en el comedor para ser servido. La explicación estaba en una tarjeta que habían puesto en todas las mesas, y que decía:

“Se ruega a los pasajeros y huéspedes dispensar la presente demora en ser servidos, pues sucede que ahora hemos acabado de perder el resto de nuestros empleados que pertenecían a la clase indígena y cuya inesperada salida la iniciaron desde anoche, y que en este hotel constituían la mitad del total de los sirvientes, resultando con ello la presente irregularidad que lamentamos.

“Asimismo, desde ahora pedimos disculpas porque quizá el cuarto de usted vaya a permanecer muchas horas sin recibir la atención de rutina, pues a la fuga de todos los trabajadores indígenas de la ciudad, se agrega la dificultad de hallar substitutos con la prontitud que deseáramos, en vista de la incertidumbre actual; pero esperamos subsanar luego esta involuntaria deficiencia.”

Firmado: “La Gerencia”.

Y así supe que la situación sigue como anoche, es decir, sin cambios, lo cual aumenta mi prisa por irme a la calle.

Hora: 16.00.

Mi salida la hice a pie, llevando los ojos bien abiertos, por si era posible ver algún indio en alguna parte, pero por ningún lado aparecían, como si todos hubiesen sido obligados a obedecer la misma consigna.

Pasé primero por la Biblioteca Indígena, cuyas puertas seguían cerradas. Después entré en un mercado que me salió al paso al doblar de una esquina, en el cual vi a algunas señoras ladinas que quizá por primera vez trataban de comprar lo que allí hubiese, pero que allí no había nada, ni verduras, ni cereales, ni siquiera frutas, sólo carne, en la cantidad de siempre, según me informaron, pues parece que ésta no es traída por los indios, sino por otros medios. Seguí adelante. Las calles que recorría, sobrias ahora, se me antojaban hasta menos ruidosas que de costumbre, como si los ausentes hubiesen sido capaces de hacer ruido alguna vez. Sin embargo, y dado el barullo que están levantando, con todo y que siguen callados, hemos de admitir que sí son ruidosos, y que su ruido es especial, como si dijéramos semejante al "sodar" de los murciélagos o a nuestras artificiales ondas detectoras. Mas pude ver que los ladinos ya no se muestran indiferentes a tal ausencia, sino que, no pudiendo ocultarlo más, expresan todo lo que sienten. Y en sus ojos, de mirar casi azorado, puede leerse, empapada de miedo, la misteriosa interrogante: "¿Qué irán a hacer los indios?" y toda la atmósfera está tensa y pesada, como recargada de malos presentimientos.

Tomé un taxi y me trasladé a la periferia de la ciudad, al lado de la Villa de Guadalupe. Me dí cuenta entonces que por las carreteras estan entrando en largos convoyes vehículos de toda clase trayendo de los departamentos numerosas y angustiadas familias que vienen buscando el asilo seguro de la capital, custodiadas por carros blindados de la Guardia Civil. Para no perder mucho tiempo, los pasajeros, con sus equipajes, son dejados en la misma entrada, de donde los recogen los buses para conducirlos

al centro, en tanto los convoyes regresan por más gente, yendo y viniendo como hacen las hormigas al transportar reservas a sus graneros.

Un poco más allá, mirando al horizonte por encima de las nubes de polvo que levantan los convoyes, percibí en las colinas y llanuras circundantes los alegres colores de que hemos sido privados: los seres coloridos que a esta distancia de tres millas podían ser tomados como florecillas del campo en que ellos estaban, y a esas colinas como praderas en flor. En verdad que aquel espectáculo, raro y bello, bajo un cielo azul turquí, bien valía la pena de verse. Y no porque desease pasar por jardinero sentí con más ahinco el impulso de llegar hasta ellos, pero los pelotones de guardias que, como cancerberos, controlan las entradas y salidas de la ciudad me lo impidieron, alegando que se trata de evitar todo lo que pudiese contrariar a aquellos y servirles de pretexto para realizar cualquier abuso. Es muy posible que entonces haya dado alguna muestra de pesadumbre, porque el jefe del pelotón, quizá para consolarme, me pasó gentilmente sus poderosos catalejos; y con ellos pude contemplar con claridad a aquellos duendecillos rojos cuyos vistosos ponchos ondean al viento cual fantásticas banderas. Se ven serios y callados, entre el humo de sus hogueras, y graves como las esculturas de Kaminál Juyú, dando el frente a nosotros como si esperasen o temiesen que la bien amada ciudad fuera a hundirse o desaparecer de pronto de su vista, y quisiesen antes grabársela para siempre en sus retinas.

Para defenderse del sol se cubrían la cabeza con grandes hojas de plátano como gigantescos zompopos, que se quitaban a veces para seguir con la mirada el vuelo de los aviones que zumbaban sobre el paraje y que parecían abejas o colibríes ganosos de libar en aquellas flores. Algunos aspiraban a través de sus negras pipas o bebían en pequeñas calabazas (tecomates), y otros llevaban con frecuencia sus manos al interior de sus bolsas de pita (matates) que cuelgan de sus hombros, para sacarlas luego con tortillas y tamales que con buen apetito engullían prontamente, mientras sus mujeres, sin quitarse el niño de la espalda, cocinaban en sus fuegos improvisados. Pe-

ro en ellos no se descubre nada capaz de inspirar peligro o amenaza alguna, sino más bien podría creérseles tomando el fresco en un concurrido día de campo, o que, a lo sumo, han decidido fundar allí una nueva población exclusivamente indígena, con el derecho que les asiste, pero en ningún caso con intentos o ideas de agresión próxima o remota, pero ni siquiera con manifestaciones de enojo, ya sea colectiva o individualmente, no obstante ser aquella una muchedumbre tan grande. Sin embargo, los ladinos que estaban conmigo —y hasta los que no estaban— los miraban con tamaños ojos, como quien mira un volcán que sabe que prontamente va a hacer erupción. Pero ¿dónde se ha visto un volcán tan lleno de flores?...

Al devolverle los anteojos, le dije al oficial que creía ridículo el exceso de precauciones que habían tomado contra unos pobres inofensivos cuyo gesto actual no parece ser otro que el de aislarse pacíficamente de los demás, puesto que no presentan el menor signo de amenaza.

El otro me escuchó, se quedó pensativo un momento, y después dijo:

—Puede que así sea, pues hoy temprano el Gobernador en persona estuvo a visitarlos y a preguntarles que digan qué es lo que quieren y qué están haciendo allí, y contestaron que no quieren nada y que allí están porque allí quieren estar, y no hubo modo de hacerles decir otra cosa, pero nosotros, que los conocemos bien y sabemos lo traicioneros que son, y que pueden de pronto venirnos encima aunque sólo fuesen armados de piedras y palos, debemos estar precavidos.

Mirando sus ametralladoras, le dije:

—Pero ¿qué temor cabe cuando se tiene armas automáticas?

—Seguramente que ellos saldrían perdiendo, pero esa hipótesis nos da la razón para mirar lo suyo como una conspiración y seguirles teniendo desconfianza.

—Me parece —observé— ver nuevamente a David frente a Goliat. Parece mentira —añadí— que la historia se repita; y más mentira parece que aquellos pequeños que pasaban como robots sean capaces de poner en jaque

a todo un pueblo. Bien se ve que de róbots sólo tenían el aspecto, pues están obedeciendo a sus propios dictados.

—¡De veras, mister! —corroboró el agente—, es de admirar cómo han cambiado estos indios. Antes, si no eran dirigidos por algún ladino, eran incapaces hasta de expresarse. Cuando quedaban solos, usted, uno cualquiera de nosotros, los hacía correr. Y ahora ni con todo el ejército. Es que ahora están todos unidos, yo no sé cómo, porque unos con otros no se entienden por hablar distintas lenguas. — Y al par que me señalaba la colina más próxima me dió de nuevo los anteojos para decirme: —Mire, aquellos hombres de la derecha que usan calzones cortos y rayados en rojo son tzutujiles de Atitlán, y los vecinos de la izquierda con sendos cotones negros son mames de Huehuetenango. Entre unos y otros no pueden entenderse por el asunto de lenguas. Sin embargo allí estan unidos, yo no sé cómo.

—Esa debe ser obra de intérpretes —le dije.

—No usted. El entendimiento de ellos no ha sido sólo con palabras; en fin, no sé cómo explicarme. Pero mírelos, y me dirá.

Sin comprender lo que quería decirme, me quedé mirando un buen rato a esos duendecillos de colores, y, ciertamente, al fijarme ahora noté un perfecto entendimiento entre ellos, como si su intercomunicación la hiciesen mentalmente y obedeciendo a un mismo pensamiento. Pero no se me ocurrió ninguna explicación para tal fenómeno, a menos que aquellos fuesen consumados espiritistas o algo así, lo que me pareció imposible. Pensándolo mejor, estando ellos callados como estaban, sin decir nada ni hacer nada— salvo cuando comían—, limitándose a guardar en silencio la misma postura, ¿qué intercomunicación había allí? Posiblemente este señor, y con él muchos ladinos, estaban deseosos de ver misterios en cada uno de sus movimientos, y hasta en su falta de movimientos, y lo que es peor, habiendo llegado ahora a contagiarme a mí también de este modo de sentir, y así se lo dije a mi interlocutor.

Pero él se defendió:

—No usted. No es que estemos viendo micos aparejados, como vulgarmente se dice, sino, ¿cómo decirle? Eso es lo que no puedo comprender bien...

Y como yo tampoco podía comprender, siendo además casi las doce, me despedí y volví al taxi, siendo ahora con destino al parque de Kaminál Juyú, al que deseaba conocer a plena luz. Y pasé allí un rato muy agradable contemplando curiosas estatuas de piedra o de barro, o figurinas que representan dioses Mayas, unas veces con sabios motivos de maíz labrados a cincel, y otras, con sacerdotes y guerreros puestos de relieve con su clásica maestría. Habían además, a la sombra de milenarios pinos y de árboles de corteza dorada (palo jiote) que brillan al sol como pétalos de rosa, tumbas antiguas abiertas a la mirada ávida del observador y llenas de jades maravillosos y de objetos de cerámica con sus notables grabados, cubiertas para su protección con anchas hojas de cristal. Con frecuencia me bajaba del carro para mirar de cerca esas tumbas, lo mismo que a estas trágicas esculturas talladas en la piedra viva por aquella raza noble y valiente de la que descienden éstos que hoy están poniendo en aprietos a todo el país.

Frente a uno de estos monolitos de sorprendentes bajorrelieves, me quedé, no sé por qué, largo rato meditando. Al fin me encontré monologando: "Tal vez en su dura entraña podría hallarse la clave del aparente misterio que ahora estamos viviendo. Quizá la piedra, interrogada hábilmente, pudiera soltar sus secretos y darnos el conocimiento que nos hace falta para comprender en su esencia a aquella raza y su descendencia de hoy. Porque esta piedra no es una insensible como cualquiera otra. Esta tiene sus sentimientos que el artista le infundió con sus manos inteligentes, y tiene su mente que el sabio le prestó al concebir sus formas. Tiene, pues, alma y cerebro. Todo lo que no tiene es lengua. ¿Pero acaso sólo con la lengua, es decir, con la palabra hablada, se pueden entender los hombres? Pero, ¿qué estoy diciendo? ¿No es ésta la clase de idioma que hizo posible la comprensión mutua entre esos tzutujiles y esos mames"?... ¡Y he aquí que la piedra empezaba a darme sus secretos!... Pero no qui-

se abusar más de su callado desprendimiento, ni de la paciencia de mi estómago, que de hambre había empezado a protestar y no en silencio, sino a voz en grito. Y dejé para otro día la explicación del resto de sus secretos.

Y el menú de hoy fué a base de conservas, que ya los alimentos frescos se agotaron. Por lo demás, el hotel está tranquilo, en lo que toca a sus huéspedes, extranjeros casi todos, que en cuanto al gerente, es otra cosa. Como es ladino...

Pasada mi siesta revisé los diarios de hoy. Todos están contestes en restar toda importancia al asunto para decir que, "al fin y al cabo, podemos pasarnos sin indios", y reclamando de todos serenidad y cordura, pues también, al fin y al cabo, "ya todo pasará"... Esto, por asociación de ideas, me ha hecho recordar los versos de un poeta y emperador de Texcoco en tiempos precolombinos, que tuve ocasión de leer en un viejo libro, poeta que lleva el nombre, si no me equivoco, de Netzahualcoyotl, y que, en parte, dicen:

"Todas las cosas en la tierra tienen su fin, y, en lo más gozoso de su vanidad y esplendor, caen y se hunden en el polvo. Toda la redondez de la tierra es un sepulcro: no hay cosa que sustente que con título de piedad no la esconda. Corren los ríos, los arroyos, las fuentes, y las aguas, y ningunas retroceden para sus alegres nacimientos: aceléranse con ansia hacia los vastos dominios de Tlulóca (dios Neptuno), y cuando más se arriman a sus dilatadas márgenes, tanto más van labrando sus propias urnas sepulcrales. Lo que fué ayer no es hoy, y lo de hoy no se afianza que será mañana... Lo grande, lo sabio, lo valiente, lo bello, ¡ah!, ¿dónde estan ahora? Yacen mezclados con el césped. Y así como ellos han caído caeremos nosotros, y los que vienen después de nosotros".

Hora: 22.50

Parece que el haber recordado esos pesimistas versos me enfermó el espíritu, inundándome de cierta nostalgia de la que no he logrado librarme todavía, pese a que

fuí a la calle y anduve en esas avenidas profusamente iluminadas que, al menos por encima, presentan su aspecto de siempre. Porque en el fondo, y mirados de cerca, todos los que iba encontrando se veían ensimismados, concentrados en sí mismos, atentos más a sus propios pensamientos que a las cosas de fuera.

Caminando despacio, pasé frente al moderno Palacio del Artista en donde había en aquella hora —22.30— una magnífica tenida musical cuyas delicadas melodías despertaron en mí el deseo de escuchar una música como esa; pero no siendo invitado, me resigné a seguir de largo, enderezando mis pasos hacia el teatro en busca del Ballet que principalmente representaban una vez más el patético número de la Muerte del Cisne.

La concurrencia allí, si es cierto que era escasa, aplaudía empero con entusiasmo a las magistrales danzarinas, y, para mi sorpresa, también había llegado Elena Barrios, quien, al verme, me saludó de lejos. Estaba más hermosa que otras veces, deslumbrando como su aderezo de brillantes, y haciendo de paso ostentación de su eterno desprecio hacia los indios. La acompañaba un alemán. En la fila de atrás reconocí al futuro doctor de Ciencias Médicas, quien hizo como que no me conocía. Aparentemente, sigue sin perder las esperanzas.

Y, ya en plena función, mientras miraba a la bailarina repetir los divinos espasmos de agonía del cisne, con sus ardientes y rítmicas contorsiones, vine a preguntarme: “¿Cuyo es este símbolo: del blanco o del cobrizo?” ¿Chi lo sa?...

La función concluyó antes de las 23, esto es, muy antes de la hora en que acostumbra hacerlo. Y no obstante ser temprano, las calles estaban ya desiertas y silenciosas, los anuncios multicolores apagados, y muchas cantinas cerradas. Sólo los silbatos de los guardias, cual grillos solitarios, interrumpían aquel silencio. Puede decirse que Guatemala ha detenido la respiración, con el pulso agitado, aguardando a ver qué caerá sobre ella...

Pero yo no logro que me deje este pesimismo.

Diciembre 20

Miércoles

Hora: 8.00

Al desayunarme hoy no tuve que esperar turno: apenas llegué me sirvieron, lo cual se debió no a que el número de empleados sea ya el normal, sino a que se ha reducido la cantidad de huéspedes, que, en su mayoría, contagiados por el miedo, abandonaron irreflexivamente el país. Digo irreflexivamente —¡cómo se ve que me ha vuelto el optimismo!— porque yo sigo creyendo que no hay motivo para sentir miedo alguno. Y no es que yo quiera pasar por bravucón, pero ¿para qué tanta hiperestesia? Aunque, por otra parte, me alegra que se hayan ido, pues eso de hacer turno para comer no es cosa grata.

Hora: 12.00

Las cosas están igual que antes, y, sin embargo, me asiste toda la razón para decir que se han agravado. Y esto no es ningún rompecabezas, sino una verdad muy sencilla que recogí por esas calles de donde estoy viniendo; calles cuyo tráfico ha crecido como se crecen los ríos, hasta sentirse uno arrastrado por él. Los andenes ya no son suficientes para dar cabida a tantos peatones que ocupan, por eso, parte de la misma calle, y que pasan mirando con ojos cada vez más azorados, si bien negándose a prestar atención a la proximidad de los carros cuya marcha interrumpen a cada momento. Este aumento del tráfico se debe no tanto a la afluencia de asilados que han llegado y continúan llegando de los pueblos del interior, cuanto a que la gente se ha dado a buscar y a comprar todas las latas de conservas posibles, como si hubiese el temor de una inflación, o sea marchando con prisa de condenados, como si creyesen no contar con el tiempo necesario, en tanto las tiendas de tales productos ha-

cen completas realizaciones. Pero no hay desorden, aunque sí mucho ruido, ruido que centuplican las patrullas de policía montada encasquetados en cascos de acero que van y vienen celando el orden, y unos cuantos amplificadores que, montados en camiones, recorren la ciudad dando consejos en afán de restablecer la confianza y el sosiego en esos ánimos asustados, voces que se pierden ya no en el desierto, sino en un bosque impenetrable de humanos que se niegan a escuchar otra cosa que no sean sus propios pensamientos, o las "últimas noticias". Y en medio de tanto ruido apenas si se oyen los aviones de la Guardia que prosiguen incansables en su ronda de vigilancia, formando ellos mismos en el espacio signos plateados de interrogación.

Es notorio que el miedo va en aumento, y ya nadie trata de disimularlo, sino que todos lo expresan a voz en cuello —a voz en cuello para hacerse oír—, aunque bajo el disfraz de "últimas noticias", las que siempre resultan ser "primeras". Es poniendo atención a lo que dicen que uno aprende: ora que los indios van a asaltar y saquear la capital, para quemarla después: ora que solamente la van a quemar; aquí, que van a soltar las fieras del zoológico para echarlas sobre los ladinos, y otros aseguran que ya envenenaron las fuentes que proveen de agua potable a la ciudad, aconsejando a la vez acudir a las cervezas hasta para cepillarse los dientes, Sobra decir que ya hacen llegar a varios millones el número de indios que circuyen la ciudad, pero sin dar nadie pruebas de lo que dice, pues a veces ni ellos saben cómo obtuvieron la "noticia", lo que no obsta para jurar que es verdadera. Una cosa es positiva, y es que el miedo es de todos, sin excepción; y seguro estoy que si supieran lo que yo descubrí después y que no estoy autorizado para revelarlo, el miedo de ellos subiría a pánico.

Resultó que en mi andar sin rumbo, como es cuando la curiosidad nos guía, vine a pasar por un palacio en cuyo pórtico había tanta gente aglomerada que invadía la calle de manera que estorbaba y hasta paralizaba el tráfico, viéndome obligado también yo a detenerme, e informándome entonces que estaba frente al Palacio del Con-

greso de la República, en donde en aquella hora la Junta Electoral Nacional hacía la revisión y escrutinio de votos de las pasadas elecciones para presidente, de conformidad con las actas levantadas en las mesas receptoras de votos y los informes remitidos por los colegios electorales departamentales que afluían ininterrumpidamente de los distintos departamentos o provincias, para hacer finalmente la calificación del candidato vencedor.

Al saber tal nueva me resolví a entrar, y, apretando y aguantando apretones, logré mi propósito, viendo actuar no solamente a los miembros de dicha Junta sino también a los diputados que se hallan reunidos en sesión permanente con objeto de ir conociendo de los resultados a que llegaba aquélla, y al fin hacer sin demora la proclamación del que hubiese resultado electo por el pueblo. Esto es lo que pude averiguar con algunos ladinos que allí observaban. Pero las actuaciones de aquellos honorables cuerpos se verificaban en un ambiente nervioso y febricitante, como el que es corriente encontrar en las salas donde se practica una operación quirúrgica de urgencia.

Mientras me deslizaba hacia un asiento desocupado que ví en el fondo, uno de los diputados, cuyo nombre olvidé, salió en aquel momento al pasillo para tomarse un refresco —entiéndase un jaibol—, sentándose en la silla que precisamente había pensado ocupar. Pero habiéndonos quedado casi juntos, no quise dejar pasar esta oportunidad de preguntarle, mostrando otra vez un falso temor:

(Esto de fingir o disfrazar la verdad estoy aprendiendo a hacerlo tan bien, que ya empiezo a ser una promesa... para todos). Le pregunté:

—Perdone, señor Diputado. Yo soy extranjero: un turista enamorado de las bellezas de este país, y quisiera saber a qué atenerme con respecto a los decires de la gente. Todos están esperando algo grave. ¿Quiere usted decirme, si tienen ellos razón o no?

—No, señor —me contestó muy cortés—. Ninguna razón tienen para temer nada.

—Sin embargo, este modo de conducirse de los indios no deja de inquietar a uno.

—Esta conducta de ellos a que usted se refiere — vino a explicarme puede ser extraña e inquietante para los extranjeros, pero no para los guatemalenses, que conocemos bien lo desconcertantes que ellos son, y menos para nosotros los “diputados técnicos”, que somos los que bien sabemos lo que quieren. Debe saber Ud. que ellos están temiendo que se les regatee el triunfo electoral que creen haber alcanzado. Eso es todo. De suerte que el temor es y debe ser de ellos, y sólo de ellos. Esta es una suposición nuestra, desde luego, pero basada en hechos reales, y, por consiguiente, una “suposición técnica”. Y seguros estamos que una vez hayamos terminado de hacer esta revisión, — aquí bajó la voz para continuar— y proclamado al indio como presidente electo, el recelo que hoy sienten se volverá regocijo, y todos en paz.

—¿Quiere usted decir que ellos han ganado? —pregunté en voz baja, pero haciendo mayores esfuerzos para seguir ocultando mis verdaderos sentimientos.

—Yo no: los hechos reales —dijo—. Ya vamos por medio recuento en nuestra revisión, y hasta aquí la mayoría es de ellos. Es, pues, probable que ellos ganen.

(Yo no habría dicho probable: habría dicho seguro).

—Y ¿cuándo creen terminar y hacer esa proclamación? —seguí inquiriendo.

—Muy pronto. Estamos trabajando hasta en horas extraordinarias.

—Supongo que sería peligroso retardar ese resultado, —observé capciosamente.

—Así es.

Aparentemente había caído en la trampa, apresurándome a preguntarle:

—Sorprende el que ustedes puedan sentir miedo a un grupo de indios inermes, teniendo las armas ustedes. — Y su respuesta me dejó frío:

—¿Nosotros? Es al revés: las armas las tienen ellos; que el ejército está compuesto de indios en su mayor parte.

Y viendo que había enmudecido por la sorpresa, él agregó:

—Pero no hay pena, que ese ejército está reconcentrado en sus cuarteles de donde no saldrá sin orden nuestra.

—Eso es nuevo para mí —dije al fin—, aunque bien pude habérmelo supuesto. ¿Y no habrá medios de desarmar a esa gente?

—Sí, sí hay; pero no sería prudente hacerlo ahora, pues posiblemente equivaldría a tocar un avispero. Mejor será después, una vez haya retornado la confianza a unos y a otros.

—Pero, mientras tanto, veo que hay razón para temer.

—No crea, usted. Ya verá que al no más proclamar al indígena habrá concluido toda amenaza, real o imaginaria. Y permítame que me retire: mis deberes me reclaman en otra parte. Sólo le recomiendo que no vaya a repetir lo que le he dicho, es un ruego que le hago, para que no aumentemos los infundados temores de nuestro pueblo. ¿Acepta hacerme tal promesa?

—Acepto con gusto, señor diputado, en recompensa a su cortesía.

—Muchas gracias, caballero.

Y entre sonriendo volvió a su curul a ocupar su puesto.

No hace falta decir que me quedé aturdido al enterarme de la verdadera situación en que estamos todos, y por primera vez, un incipiente malestar invadió mi alma, pues con todo y mi optimismo no me fué posible quedar indiferente sabiendo que todos estamos a merced de aquéllos, es decir, de Miguel Xirúm y compañía; pero estas perspectivas, lejos de amilanarme me entusiasmaban, al modo como aquellos disparos del domingo habían dado bríos a la multitud para combatir mejor, produciéndome hasta alegría, porque esto significaba que pronto tendríamos entre nosotros a aquel líder al que al fin iba a conocer siquiera fuese con uniforme de soldado, quiero decir, de generalísimo. Me sorprendía asimismo que este diputado pareciera no tener preferencia entre un presidente indio o un ladino, mostrando una perfecta impar-

cialidad como sólo sería dable en un "diputado técnico". Pero ¿habría sido sincero?...

En la calle prosiguieron mis reflexiones. Seguramente aquella interpretación del congresista, y, por ende, del Congreso todo, de que proclamado el indio presidente se terminara la amenaza, es completamente lógica. Pues si el indio, dada su desconfianza en los ladinos, teme salir burlado en el recuento que éstos están haciendo, es natural que en su defensa tome las posiciones que ha tomado para obligarlos a que tengan el mayor cuidado y no vayan a equivocarse en esa cuenta. En consecuencia, si al final recibe el fallo favorable que en justicia él cree merecer, podrá esperarse que abandone en paz su actual actitud amenazante.

Pero ahora pienso: ¿qué sucedería si esos indios se fuesen impacientando por creer que los otros estén resueltos a burlarlos y a negarles el triunfo? Y ¿si fuese ocurriendo que en la mitad que falta del recuento resultase que el triunfador es el ladino y no el indio? Es una posibilidad remota, sin duda, pero está en lo posible. ¿Iba a provocar entonces el Congreso, en cumplimiento de la más elemental justicia, una de San Bartolomé? O, para evitar ésta, ¿cometería la injusticia de proclamar al perdidoso, fallando en contra de ellos mismos? ¿Qué problema para los ladinos!... Esto sí es tener una brasa en las manos. Deben sentirse ahora como al borde de un abismo cogidos en el cuerpo de un dilema de creación propia; sin brújula ante un futuro que no por ser de pintoresco colorido es menos escabroso y lleno de enigmas como una esfinge. ¿Surgirá otro Edipo entre ellos? ¿Quién pudiera leer en el libro de las estrellas lo que el destino tenga dispuesto! Triste es saber que todos vamos hacia el mismo y oscuro fin, y sin embargo nadie sabe lo que nos de para el mañana. Sólo falta que en ese mañana "aparezca el famoso tercero de la discordia, como sucede en las novelas, y se lleve el pan, las tortillas y la olla de los frijoles", como alguien dijo por aquí... Pero, de todos modos, la mía sí es suerte, como es suerte el poder presenciar un momento histórico de tanta trascendencia como